



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Una confianza ilimitada en el Eterno

Exposición del Mensajero del Eterno

ES absolutamente necesario que nos acordemos constantemente de la bondad y de las benevolencias del Omnipotente; que nos entreguemos completamente en sus manos a fin de descargarnos de todo lo que pudiera procurarnos ansiedad y aprensiones.

El Eterno tiene un tierno cuidado de toda la humanidad; pero la mayoría de los seres humanos no dejan que el Eterno los dirija. Por este hecho El no puede prodigarles todo lo que quisiera darles.

El espíritu de Dios y el espíritu del adversario son diametralmente opuestos. El principio del adversario es el egoísmo. Sin que los seres humanos se den cuenta, él les llena la cabeza con toda clase de pensamientos y de impresiones que los hacen sufrir y morir.

Están completamente inconscientes de la función que el adversario les hace desempeñar; por eso se conducen como unos insensatos. En cambio, los principios divinos son regidos por el más puro altruismo.

Al principio de su ministerio terrenal, nuestro querido Salvador vino a Juan el Bautista, y se dejó bautizar por él; pues su voluntad era cumplir sin fallo alguno la obra que se le presentaba. Confió su suerte en manos de su Padre celestial, y el Eterno le contestó de una manera maravillosa.

Se oyó una voz, como viniendo del cielo, que dijo: "Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo complacencia; a él oíd." Nuestro querido Salvador estaba completamente unido con su Padre en un mismo pensamiento y en un mismo sentimiento. Por eso tenía con El, inefables relaciones.

Respecto a nosotros, cuando ya hemos dado algunos pasos en el sentido del renunciamento a nosotros mismos, y en la realización del programa divino, experimentamos también una comunión muy tierna con el Omnipotente, y nos sentimos maravillosamente dichosos en su presencia. Cuantos más esfuerzos hacemos en la dirección del altruismo, más se intensifica también esta comunión, y nos procura indecibles alegrías.

El Eterno nos habla con un lenguaje amable, claro y comprensible. El nos dice: "Dame, hijo mío, tu corazón, y se agraden tus ojos en mis caminos." Esto es maravillosamente amable y familiar, dé una benevolencia exquisita y de una ternura inefable. El Omnipotente quiere ser nuestro Padre, pero también se trata para nosotros de conducirnos como hijos. Cuando aceptamos los caminos divinos, somos hijos por la fe, pero todavía no lo somos en hechos.

Pues sólo somos hijos de una manera efectiva cuando nos situamos bajo la égida del Eterno,

y que ponemos toda nuestra confianza en sus manos. Entonces, en nuestro corazón podemos sentir cada vez más intensa y profundamente el socorro y el afecto de nuestro Padre que está en los cielos.

Así de día en día va aumentando nuestra seguridad, y estamos completamente convencidos de la divina protección y de su bendición. En cambio, si ponemos en cualquier otra parte nuestra confianza, excepto en el Eterno, notamos brechas por todas partes, y nos falta la seguridad en todas las direcciones. Pues luego de haber esperado en algo, vemos que no sale bien, porque habíamos edificado siempre en falso; así el edificio se derrumba continuamente.

Es que en el mundo todos los seres humanos son engañados y decepcionados. Ponen su confianza en errores, y son segados por estos errores. Los seres humanos se apoyan en el orden social establecido. En la actual sociedad han establecido toda clase de cosas que elogian, como los seguros contra accidentes, seguros de la vejez, de enfermedad, etc.

Lo que es seguro, es que en el Reino de Dios todo esto es del todo inútil, porque en él no hay enfermedades, accidentes, ni vejez. Todos los seres humanos se mantienen eternamente jóvenes. Pero el mundo no quiere saber nada de las verdades divinas.

El adversario trata a los hombres como esclavos. Les hace creer todo lo que quiere, se dejan conducir por él y los lleva a la ruina. No obstante, les es ofrecida la salvación, pero no quieren recibirla. Por eso, son consumidos por las preocupaciones, los disgustos, las dificultades y las luchas de todas clases que abundan en su pobre existencia.

El Señor dice a sus queridos hijos: "No os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana tendrá cuidado de sí mismo. Sin duda el Señor no obliga a nadie a escucharlo; si queremos conservar nuestras preocupaciones y cuidar nosotros mismos de nuestra existencia, no nos guarda rencor por eso y nos deja libres, porque su ley es una ley de libertad.

El amor exhorta y aconseja, pero no manda. Por tanto, si no confiamos en el Señor, él nos deja hacer nuestras experiencias. Estas son a veces amargas, y entonces tomamos más conciencia de nuestra situación.

En cambio, cuando dejamos obrar la verdad en nosotros, si confiamos todos nuestros cuidados en las manos del Señor, cambiamos completamente; nos transformamos en personas muy diferentes.

Es preciso que lleguemos al punto de no tener ninguna preocupación ni ansiedad, sino

que seamos siempre capaces de ayudar. Resulta difícil cuando los hermanos y hermanas no tienen bastante fe; es esto únicamente lo que estorba, porque los caminos divinos son verdaderos, y las promesas del Señor se cumplen con toda certitud.

Antes de la guerra, tuvimos una gran reunión en Bélgica, en Rixensart. Allí les dije a todos los queridos hermanos y hermanas que habían venido de diversos países:

"Tened cuidado, viene la dificultad. Vivid la verdad con todo vuestro corazón, y el Señor os protegerá de una manera maravillosa. Haced, pues, todo lo que sea necesario para que estéis en orden con las condiciones del programa divino." Y luego añadí: "El Eterno es fiel, sus promesas son ciertas. Si llenáis las condiciones, veréis cómo las promesas se cumplirán magníficamente."

En efecto, vino la contienda. Si los amigos hubieran sido dañificados por la tormenta, cogidos por la adversidad, hubiera sido yo censurado, puesto que les había dicho que no corrían riesgo alguno si hicieran lo necesario. Afortunadamente para los queridos hermanos y hermanas, nada malo les ocurrió. Todos fueron maravillosamente protegidos.

Naturalmente, hubo pruebas según el estado de corazón de algunos amigos y según las lecciones que les convenía aprender. Los que se apegaban demasiado a su nido, tuvieron su nido destruido; pero ellos mismos fueron salvados milagrosamente. Sólo perdieron las ataduras que ellos no tenían el valor de desatar. El Señor condujo todo de una manera magistral, y con una sublime benevolencia.

Hoy el Señor nos dice aún: "Destierra la inquietud, porque no tienes nada que temer." Las dificultades, las pruebas y los peligros son para probar nuestra fe, para que pueda madurar y podamos librar victoriosamente la buena batalla de la fe. ¡Cuán pequeños son los seres humanos; son seres microscópicos en comparación con el universo! Y sin embargo, ¡qué orgullo tan fantástico en su corazón!

Vemos, por otro lado, ¡cuánta humildad, cuánto amor y cuánta bondad de parte del Eterno; querer ocuparse de los seres humanos, tomar de ellos un tierno cuidado, y manifestar a tal punto su ternura y bondad a su favor!

Es el Eterno que todo lo creó en el universo, y es El que pone todo en movimiento. ¡Y a pesar de todo, él es tan humilde, tan benevolente, tan abordable! Pero no debemos pensar que nos corresponde a nosotros hacerle proposiciones acerca de la manera cómo ir a El y cómo realizar el programa divino. Es El que pone las condiciones y que nos invita.

¡Cuánto nos ha de alegrar de oír su maravillosa invitación, y poder responder a ella con todo nuestro corazón! Nos dice: "No te afanes por mañana, porque el mañana tendrá cuidado de sí mismo." Y también: "Echad vuestra ansiedad sobre mí, porque yo tengo cuidado de vosotros; basta a cada día su propio afán." Esto significa que cada día se presentan lecciones, las cuales podemos comprender y realizar si somos suficientemente humildes y bien dispuestos para aceptarlas.

El Eterno, en cuanto a lo nuestro, tiene cuidado de todo, si le dejamos tener este cuidado. Es un Padre inefablemente bueno y afectuoso. El es el gran Dios de los cielos, el Omnipotente, Jehová, el majestuoso Creador del universo, en quien se encuentran la perfecta sabiduría, el prenocimiento y la omnipotencia; aunque posea tanta majestad, se inclina con una ternura infinita sobre el más pequeño ser humano que desea acercarse a El y recibir instrucción de su parte.

Para el Omnipotente no hay un ser humano que sea demasiado pobre ni demasiado miserable, pero es del todo razonable venir a El como conviene. Entonces el Eterno se manifiesta en su misericordia y en sus compasiones infinitas; escucha y responde.

El que confía en el Eterno, y que quiere cumplir con las condiciones del programa divino, puede incluso heredar las más altas y más gloriosas promesas, si quiere correr fielmente la carrera del alto llamado en Jesucristo, nuestro querido Salvador. Esta es por cierto la expresión más inefable del amor de Dios revelado en Jesús, su Hijo muy amado.

Nuestras experiencias de cada día son muy diferentes unas de otras, pero todas ellas son maravillosamente apropiadas a nuestro caso. Y podemos estar seguros de que el Señor tiene cuidado de cada uno de nosotros de una manera grandiosa. Es menester solamente que nos entreguemos en sus manos voluntariamente y con todo nuestro corazón, y que le digamos como nuestro querido Salvador: "Vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad."

El Señor conduce la barca de una manera sublime. Con él no tenemos nada que temer, pero sin él corremos todos los peligros. Su único deseo es hacernos llegar a la meta, mientras que el adversario se esfuerza para que no la consigamos. Por lo tanto, dejemos obrar al Señor a nuestro favor, confiando completamente en él.

El Eterno nos ha dado en abundancia pruebas de su fidelidad, lo que debe surtir el efecto de fortalecernos maravillosamente en la fe. Lo que más nos fortalece es pasar nosotros mismos por experiencias vividas, porque se trata de andar por fe cuando el camino parece sin salida. Entonces hay que contar con el Señor de todo corazón; cuando viene la liberación, nos sentimos admirablemente fortalecidos.

Cuando se manifiestan muy vivos sufrimientos, y que contamos con él, sólo con él, dándole gloria, experimentamos su inefable consuelo. Somos invitados amablemente a contar con él. Si lo hacemos, seremos abundantemente abastecidos y consolados. El tiene cuidado de sus queridos hijos con una ternura infinita.

Se trata de que afirmemos nuestra vocación y nuestra elección, y no es cosa de poca monta. Hay que sostener a veces un verdadero combate, porque es menester poder resistir con una fe firme a la influencia del adversario.

Hay lecciones especiales que requieren un esfuerzo consecuente. Pero si nos confiamos como un niño en el Señor, lo guía todo de una

manera inefable; él protege, guarda y bendice a sus hijos. Es un verdadero regocijo para el corazón sentirnos así rodeados del afecto y del dulce calor de la gracia divina.

No nos confiemos, pues, sino en las manos del Señor. El solamente es nuestro guía, nuestro defensor, nuestro médico, en una palabra nuestro todo. Procuremos saber en quien tenemos confianza. ¿Acaso queremos esperar aún en lo que el mundo nos presenta, y en las falsas certidumbres que nos ofrece?

¿O bien queremos romper definitivamente con el adversario y no más querer ni saber otra cosa que la protección segura y verdadera que encontramos junto al Todopoderoso? Estas son preguntas que se presentan ahora a nosotros, y a las cuales conviene que podamos responder con rectitud. El Señor nos dice: "Dame, hijo mío, tu corazón, y que tus ojos se agraden en mis caminos."

Tenemos la visión de las gloriosas perspectivas del Reino de Dios. El maravilloso evangelio de la gracia divina es anunciado a los seres humanos; pero cuando vemos que no lo escuchan no debemos encontrarlo extraño. En efecto, como han sido continuamente engañados por el adversario, no creen fácilmente en la verdad. Pero si continuamos mostrándoles los caminos divinos, sobre todo por medio de un testimonio vivido, cobrarán entonces a su vez confianza, y vendrán.

Es una maravillosa gracia que se nos hace, haber podido comprender el programa divino y haber sido bastante sensibles para escuchar la voz amable de nuestro querido Salvador, que nos dice: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados." ¡Cuántas innumerables riquezas espirituales hemos recibido con el conocimiento de la verdad! Es preciso que nos percatemos continuamente de sus efectos, para que de esta manera nunca disminuya en nosotros el entusiasmo.

Cuando pensamos en el llamado celestial, que ha sido puesto al alcance de los seres humanos, comprendemos la inexpresable benevolencia divina, que ha presidido a este llamado. ¡Pensemos en la perseverancia de nuestro querido Salvador que ha tenido la paciencia inaudita de trabajar durante más de mil novecientos años en el corazón de los que han seguido el llamado celestial; para formar el número requerido de discípulos, es decir, a los 144 000! ¡Qué ternura y qué misericordia él ha desplegado a favor de sus queridos discípulos y Cuánta paciencia para educarlos en su gloriosa escuela!

Durante los distintos períodos de la iglesia, el Señor Jesús ha tenido siempre un tierno cuidado de los suyos. El les ha mostrado también constantemente sus fallos y los esfuerzos que necesitaban hacer. A la iglesia de Sardis el Señor le dijo: "Yo conozco tus obras; sé que pasas por viva, y estás muerta. Pero tienes unos pocos fieles en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos."

El período de Filadelfia recibió un testimonio mucho mejor. Finalmente hubo el de Laodicea, que de nuevo tenía pretensiones que no cuadraban con la realidad. Decía: "Yo soy rica, y de ninguna cosa tengo necesidad."

El Señor le respondió: "No sabes que tú eres una desventurada, miserable, pobre, ciega y desnuda. Yo te aconsejo que de mí compres oro probado en fuego, para que seas rica, vestiduras blancas para vestirte, y un colirio para ungir tus ojos, para que veas."

Cuando esté completo el pequeño rebaño, la

restauración de todas las cosas podrá manifestarse con poder y gloria. ¡Cuánto me regocijo, por mi parte, del momento en que la humanidad no tenga más que sufrir ni morir, en que pueda andar hacia la vida y la felicidad!

¡Qué gozo cuando los clamores, los dolores, los sufrimientos y la muerte hayan cesado! Es lo que anunció el profeta Isaías en su magnífico pasaje que nuestro querido Salvador leyó en la sinagoga: "El espíritu del Señor está sobre mí; me ha enviado a dar buenas nuevas a los abatidos, a sanar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de buena voluntad de Jehová; a consolar a los afligidos, para darles una diadema en lugar de ceniza, un manto de alegría en vez de un espíritu angustiado."

Estas son inefables bendiciones. Podemos regocijarnos profundamente con el pensamiento de todo lo que el Señor quiere hacer, y darnos el poder de hacer. Por eso debemos realizar los sentimientos divinos, amar a cualquier ser humano, puesto que han sido todos rescatados a un precio tan grande.

Es preciso ser buenos con ellos, y permanecer amables, incluso cuando están excitados en contra de nosotros. Si notan que nuestro corazón es tierno y amable, que sigue afectuoso y tranquilo en lo más recio de la tormenta, esto les hace bien y los tranquiliza; mientras que la nerviosidad los excita cada vez más.

Vivir lo que el Señor nos propone no es para nada difícil. Naturalmente, esto requiere tener el valor de apartar sin vacilar todo lo que nos estorba. Es necesario desprendernos de todos los hábitos y de todos los rasgos de carácter que son contrarios a los caminos divinos.

Por tanto, con todo nuestro corazón, queremos orar: "Venga tu Reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra." Mas no sólo queremos orar, sino también trabajar para edificar este maravilloso Reino, poniéndonos enteramente en las manos del Eterno. El quiere recibirnos con amor, y acompañarnos de toda su solicitud. El nos dice: "Yo quiero ser vuestro padre, si vosotros queréis ser mis hijos." ¡Qué maravillosa bondad! Queremos, pues, esforzarnos en adquirir sentimientos de hijos, confiar toda nuestra ansiedad en las manos del Eterno, e ir hacia adelante con sinceridad y fidelidad. Entonces, al final de nuestra carrera, podremos recibir la aprobación divina y entrar en el gozo de nuestro Maestro y Señor.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Somos un ejemplo de valor, de gratitud, de amor, de constante alegría estando en comunión con el Eterno?
2. ¿Vamos venciendo nuestras malas tendencias, siendo fieles a los principios divinos?
3. ¿Nos conducimos como hijos honrados y humildes, procurando vencer el mal con el bien y siempre dando estímulo?
4. ¿Contamos sólo con el Eterno con fe y confianza, somos un motivo de consuelo y de alegría e impartimos impresiones divinas?
5. ¿Cómo hemos realizado las lecciones de fe, y cuáles han sido nuestros progresos en la bondad, el fervor y la espiritualidad divina?
6. ¿Combatimos nuestro egoísmo y confiamos toda nuestra ansiedad en el Señor?